

la. Edición 1964.

HB95
U5

(c) Derechos asegurados conforme a la Ley. Esta edición es propiedad de la Facultad de Economía de la Universidad de Nuevo León.

Portada de Pablo Flores.

Impreso en México

CAPITULO XVI

DOMINIO Y ENJUICIAMIENTO DEL LIBERALISMO

ECONOMICO

I. EL LIBERALISMO ECONOMICO Y LA IDEALIZACION DEL INDIVIDUALISMO CAPITALISTA

Todo sistema económico social importante, si dura algo, produce un cuerpo de ideas que tiene por objeto defenderlo y justificarlo. Instituciones y prácticas, resultado accidental o fortuito de las circunstancias históricas, son investidos de una especie de sabiduría y perfección divinas. Esto que es cierto, entre otras formas sociales, de los imperios patriarcales y del sistema feudal, no lo es menos del orden capitalista que, gradualmente, fué adquiriendo la supremacía entre los siglos XIX y XX.¹

Pero los resultados sociales del nuevo industrialismo no fueron todos agradables. No tardó, pues, en surgir una dura crítica de los métodos y de la filosofía del capitalismo. En este capítulo nos ocuparemos principalmente de: 1) el surgir de la apología del capitalismo bajo la forma del liberalismo económico; 2) los ataques dirigidos a esta actitud desde muchos ángulos de disenso.

Para que podamos apreciar mejor la naturaleza e implicaciones de las defensas del capitalismo, es conveniente que adquiramos, primero, una concepción clara del carácter de las ideas capitalistas como se desarrollaron a fines de la primera Revolución Industrial. Los ideales del capitalismo competitivo han sido muy bien resumidos por Stuart Chase, en lo que ha denominado "La Biblia de la libre competencia":

Comprar lo más barato posible y vender lo más caro posible para que los beneficios lleguen al máximo. Cargar todo lo que el tráfico pueda soportar.

No tolerar monopolios. Dejar que la demanda y la oferta trabajen sin freno. De esta manera los precios nunca serán demasiado altos, pues cuando la compañía A comience a ganar con exceso, la compañía B se dedicará en seguida al mismo negocio, aumentará la oferta de sus artículos y hará, de esta manera, que los precios disminuyan.

Permitir que todo capitalista pueda acabar con otro capitalista, para que el débil caiga y el fuerte sobreviva, conservando al más vigoroso y eficiente en la

cúspide. Todos para sí y el diablo que se quede al último. Estimular el individualismo.

Permitir que el beneficio sea el motivo predominante o único de toda acción industrial. El beneficio es la perfecta guía, y la piedad, sólo su acompañante.

Especializar y estandarizar las tareas del trabajo.

No tolerar la interferencia del trabajo, trabajar tan duro como sea posible y no pagar más que lo absolutamente preciso para sobrevivir.

Usar todos los recursos del gobierno y de sus fuerzas armadas para encontrar y sostener mercados extranjeros, pero no tolerar la interferencia del gobierno en los asuntos interiores.

El primer gran cuerpo de doctrinas que propugnó el nuevo orden capitalista se denominó liberalismo económico, que puede también identificarse con la teoría económica del *laissez-faire* y la política del individualismo.

Este tipo de doctrina no puede ser defendido con propiedad si no se toman en consideración las circunstancias históricas que condicionaron su origen y difusión. Surgió, antes de la Revolución Industrial, como un ataque a las arcaicas restricciones legales que formaban parte del sistema mercantilista, tanto comercial como colonial. En tanto que contribuyó a destruir esos obstáculos a la libertad económica, ayudó a la aparición de la moderna sociedad industrial pero una vez triunfante la Revolución Industrial, sus últimos partidarios utilizaron los conceptos del *laissez-faire* para defender el nuevo orden capitalista e impedir, en la medida de lo posible, la abolición, mediante medidas legislativas adecuadas, de los graves conflictos sociales creados por él mismo.

Los fundadores del liberalismo económico fueron un grupo de escritores franceses de mediados del siglo XVIII, a los cuales nos hemos referido antes con el nombre de fisiócratas, cuya denominación se debe a la obra de uno de sus miembros, Dupont de Nemours, titulada *Physiocracy, or the Natural Constitution of That Form of Government Most Advantageous to the Human Race* (1767). Su doctrina fundamental procede de los teístas ingleses y de los *philosophes* franceses, en cuanto a que los fenómenos sociales, políticos y económicos están gobernados por las mismas leyes naturales que el universo material, según creían haber demostrado Newton y sus partidarios. Estaban convencidos de que la perfección de todas las instituciones humanas se lograría mucho mejor permitiéndoles que se adaptaran libremente a este orden natural, condición que, según ellos, podría obtenerse con más seguridad y bajo un régimen de competencia ilimitada. Si se evitara toda ley restrictiva y todo intento de controlar el proceso económico por medios artificiales, entonces Dios y su orden natural lo dominarían todo. Una razón que explica la desgracia humana y la miseria predominante es, según ellos, la vigencia de numerosas leyes arcaicas y restrictivas que, siendo simplemente estatu-

torias y antinaturales, impiden el libre juego de la ley natural en los negocios humanos.

Por tanto, los fisiócratas defendían vigorosamente la abolición inmediata y total de todas las leyes restrictivas y la inauguración de una era de individualismo y *laissez-faire*. Las únicas funciones que correspondían al Estado eran, según ellos, la protección de la vida y de la propiedad, la construcción de edificios y otras obras públicas y la promoción de la educación, con el objeto de que los hombres comprendan mejor los principios de la ley natural. Una legislación social extensa era considerada peligrosa, porque impedía el libre juego de aquellos benéficos principios naturales en los que estos abogados colocaban su principal confianza. Los fisiócratas aportaron otras ideas menos importantes con su interpretación del progreso social en términos del producto neto agrícola y con su esquema de reforma de las finanzas públicas basado en la idea del impuesto único sobre la tierra. El personaje más importante de esta escuela fue Francisco Quesnay (1694-1774), secundado admirablemente por Gournay, Mirabeau, Dupont de Nemours, Mercier de la Riviere y otros.

Las naciones generales de los fisiócratas referentes al individualismo y a la inactividad del Estado recibieron el apoyo de un distinguido economista y político francés llamado Turgot (1727-81) e intrigaron al primer gran escritor sistemático de Economía Política, el filósofo escocés Adam Smith (1723-90). La significación principal de Adam Smith para la historia del pensamiento social es que incorporó la tesis del *laissez-faire* a su notable obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776). Esta obra circuló tan ampliamente e hizo tantos prosélitos que el eminente historiador Buckle, casi una centuria después, consideraba este libro como el más influyente y benéfico de los escritos hasta entonces. A pesar de su general aceptación de la posición fisiocrática, por lo que hace a las funciones propias del Estado, Smith prescinde en gran medida de sus excesivos elogios a la agricultura y subrayó el valor principal del comercio y la manufactura para el Estado. Revivió, muy especialmente, la doctrina platónica de la importancia de la división del trabajo y de la especialización para incrementar y mejorar la productividad. Su énfasis sobre la parte que corresponde al trabajo en la producción preparó el camino a las opiniones posteriores de Ricardo y los socialistas respecto de la "teoría del valor trabajo". Su defensa del libre cambio, fundada en las ventajas de la división internacional del trabajo, constituye uno de los argumentos más poderosos que han sido empleados para defender la libertad de comercio.

Smith murió antes de que la Revolución Industrial se hubiese desarrollado por completo en Inglaterra y hay pruebas para sostener que jamás previó el curso completo de esta transformación, mucho menos habiéndose destacado como un apologista consciente de la nueva clase capitalista. Pero sus doctrinas se compaginaban maravillosamente con la política de no interferencia, que era la que propug-

naban los capitalistas manufactureros porque les permitía aprovecharse, pero no a sus dependientes, de las supuestas "bendiciones de la perfecta libertad contractual". Las ideas de Smith fueron desde entonces patrocinadas y explotadas por la clase media y los economistas que con ella simpatizaban para oponerse teóricamente con autoridad a la legislación social proyectada para promover los intereses del proletariado industrial.

El desenvolvimiento mayor de las ideas de Adam Smith tuvo lugar, naturalmente, en Inglaterra, donde había escrito sus obras, y la clase comercial, que fué el sostén principal de sus opiniones, había progresado más, aunque también fuese honrado por discípulos reverentes en todos los Estados importantes de Europa y del Mundo Nuevo. Sus discípulos ingleses más distinguidos fueron Tomas Robert Malthus (1766-1834), David Ricardo (1772-1823), James Mill (1733-1836), John Ramsay MacCulloch (1789-1864) y Nassau William Senior (1790-1864). Lo que distingue más especialmente las doctrinas de Smith de las de sus discípulos es el pesimismo social más acusado de estos últimos, diferencia que puede ser explicada, cuando menos parcialmente, por los enormes cambios del medio económico y social que habían tenido lugar en el tiempo transcurrido desde la muerte de Smith.

Aunque la importancia principal de estos escritores resida en su elaboración de las supuestas virtudes del orden competitivo, cada uno de ellos aportó alguna interpretación especial de cierta originalidad e importancia. Malthus sostuvo que la legislación para poner remedio a los males sociales, no sólo era perjudicial, porque interfería con el orden natural de las cosas, sino también inútil, por lo que se refiere a su esperanza de mejorar la suerte de las clases más necesitadas. Sostenía, además, que aun cuando la distribución de la riqueza se equilibrara, no resultaría ningún bien permanente de ello puesto que, como la población tiende a incrementar con mayor rapidez que los medios de subsistencia, la disparidad normal entre la primera y los segundos tendría, por último, que ser restaurada y esto determinaría una vuelta de la pobreza y la miseria. El proletariado crea su propia miseria con el número excesivo de hijos que procrea y la única esperanza de un remedio duradero radica en una restricción deliberada de la natalidad mediante la posposición de matrimonios.

Ricardo concedió una atención especial a la cuestión de la distribución de la riqueza. Derivó su famosa "teoría de los salarios de subsistencia" tanto de la noción fisiocrática, de acuerdo con la cual los salarios de los trabajadores agrícolas tienden hacia el mínimo de subsistencia, como la doctrina de población de Malthus. De acuerdo con este dogma, los salarios tienden hacia un nivel que sólo permite la mera subsistencia de los trabajadores y su perpetuación, sin que pueda aumentar ni disminuir. Si los salarios aumentasen, la población crecería correlativamente. De aquí la locura de la legislación

que trata de ampliar la renta del proletariado, pues el incremento correspondiente de la población absorbería el aumento e impediría toda disminución de la pobreza y de la miseria. Además, los salarios altos suponen provechos más bajos, disminución de la iniciativa industrial, aumento del paro y, muy pronto, una pobreza y miseria mayores. Ricardo atacó, además, a los grandes terratenientes, al sostener que la renta de la tierra tiende a absorber una parte cada vez mayor de la social y que los intereses de dichos terratenientes se oponen a los de las otras clases. Por último, puso las bases de la teoría marxista del valor, al sostener que, dentro de ciertos límites, éste está determinado por la cantidad de trabajo incorporado en la producción de los artículos correspondientes, doctrina atacada vigorosamente por muchos economistas posteriores.

James Mill incorporó al liberalismo económico la filosofía utilitaria de Bentham, referente al mayor bien del mayor número. Mill y sus asociados creyeron que este ideal sólo podría ser logrado mediante la aplicación de los principios del liberalismo económico. El estilo transparente de Mill contribuyó mucho a popularizar las ideas de Ricardo, un escritor prolijo y complicado. Mill fué, de todo este grupo de escritores, el que tenía una confianza más ingenua e ilimitada en la benevolencia de la clase media de manufactureros y comerciantes. MacCulloch, el principal sistematizador de los principios del liberalismo, fué también, aunque algo ilógicamente, el miembro del grupo que tuvo más simpatía por las clases trabajadoras, pues defendió a Place y Hume cuando intentaron legalizar las sociedades obreras. Es particularmente conocido por su elaboración de la teoría del "fondo de salarios", de acuerdo con la cual sólo una cantidad específica puede ser dedicada a salarios sin destruir el proceso industrial. Esta teoría es, precisamente, el polo opuesto de la hoy tan popular del poder de compra. Según ésta, si no se dedica bastante dinero a los salarios para intensificar el poder de compra de las masas, todo el sistema capitalista se derrumbará inevitablemente.

Senior representa el estadio final y más extremo del liberalismo económico, tanto por su intento para perfeccionar la Economía como una ciencia puramente abstracta y objetiva —ciencia de la riqueza y no bienestar— como por su ardiente oposición a la forma más blanda de legislación favorable a las clases trabajadoras. Se opuso a las leyes que tenían por objeto disminuir las horas de trabajo con el argumento de que los beneficios sólo se logran en las últimas horas de la jornada. Por tanto, si se disminuyen dichas horas, desaparecerán los provechos y esto desanimaría a los industriales que se verían obligados a cerrar sus fábricas y minas. Debido a esta crítica fué llamado por sus críticos Senior "última hora".

Conviene recordar que existe una importante distinción entre las teorías abstractas de estos economistas clásicos y el uso que se hizo de sus doctrinas por los grupos económicos interesados. La

mayoría de ellos no escribieron, deliberadamente, como apologistas serviles del nuevo capitalismo, ni mucho menos defendieron sus brutalidades y venalidades. Además, sus escritos estaban, a menudo, en discrepancia con su política social. Por ejemplo, hasta Senior llegó, por último, a favorecer una legislación social limitada que favoreciese a los trabajadores.

En los escritos de John Stuart Mill (1806-73) puede descubrirse un rompimiento con las tradiciones más queridas del liberalismo económico. Sostuvo Mill que sólo los procesos de producción están sujetos al control de la ley natural y que, por tanto, no pueden ser perturbados por la legislación humana. Esta opinión, que justificaba el control social del proceso de la distribución, abrió el camino a una extensa legislación para regular los salarios, los intereses, la renta y los provechos.

Aunque la mayor parte de estos escritores intervinieron poco en la política activa, su ideal de la "perfecta competencia de los empresarios y la sujeción de los trabajadores" fué adoptado, con gusto, tanto por Richard Cobden, John Bright y otros miembros de la escuela de Manchester como por el nuevo partido liberal. Estas ideas les fueron muy útiles en sus campañas para reducir el poder y los privilegios de la aristocracia terrateniente, así como para reforzar y perpetuar la situación servil y desamparada de los trabajadores. Además, sus ideas fueron ampliamente popularizadas y sus opiniones generales eran un tópico corriente de las conversaciones cultas en los salones británicos, del propio modo que las ideas de Rousseau referentes al estado de naturaleza lo habían sido en los franceses medio siglo antes. El empresario burgués había reemplazado al noble salvaje del siglo anterior como merecedor de una admiración idealizada.

En Francia, las doctrinas de esta última versión del liberalismo económico fueron expuestas por cierto número de economistas, siendo los más notables Juan Bautista Say (1767-1832) y Federico Bastiat (1801-50). La posición de Say se parece mucho a la de Senior. Sostuvo que la Economía Política es una ciencia puramente descriptiva y de ningún modo un arte práctico. Al economista corresponde el estudio y formulación de las leyes económicas, pero no debe usurpar las funciones del estadista. Invirtiendo la posición de los fisiócratas, subrayó muy especialmente las contribuciones sociales de la manufactura. Say fué el defensor más entusiasta de la nueva era de la industria mecánica y el economista burgués más típico del período, del propio modo que Guizot fué su estadista más distinguido. Bastiat revivió el optimismo de Adam Smith y, como ardiente admirador de Cobden, dedicó su atención principal a la defensa del librecambio. La función del Estado, sostenía, debe limitarse a mantener "el orden, la seguridad y la justicia". Tan entusiasmados estaban Say y Bastiat con las supuestas actividades benéficas de las nuevas clases

manufacturera y comercial que algunos de sus partidarios, menos científicos, llegaron hasta a negar que existiesen la pobreza y la miseria.

En Alemania, el liberalismo económico fué defendido por Juan Enrique von Thünen (1783-1850) y Carlos Enrique Rau (1792-1870). Enrique C. Carey (1793-1879) fué el primero que introdujo en América la economía política clásica, aunque se apartó de los discípulos ingleses de Adam Smith al revivir el optimismo de este último y atacar el pesimismo de Malthus. Defendió, además, el proteccionismo nacionalista en contra de las doctrinas librecambistas de la mayor parte de los partidarios de la escuela liberal.

Los efectos prácticos más notables del liberalismo económico en Inglaterra fueron: 1) progreso del librecambio, debido en gran parte a los esfuerzos de Huskisson, Cobden, Bright, Peel y Gladstone; 2) abolición de restricciones políticas tan arcaicas como las *Test and Corporation Acts*, que limitaban los derechos políticos de los disidentes; 3) incremento de los poderes políticos de la clase media, tanto en el gobierno central como en los locales, por los Reform Bills de 1832 y 1835; 4) abolición de la esclavitud en las colonias, resultado de los esfuerzos de Wilberforce y Buxton; 5) abolición del salvaje código criminal vigente como consecuencia de los trabajos de Romilly, Mackintosh, Buxton y Peel; 6) desarrollo de una política de prevención en el tratamiento del problema de la ayuda a los pobres, evidente en la notable *Poor Law* de 1834; 7) primeras concesiones a una política más liberal del gobierno imperial por medio de la dirección de Lord Durham, Eduardo Gibbon, Wakefield y otros.¹²

En Francia, la servidumbre y los monopolios de las gildas fueron abolidos antes de que se terminase el siglo XVIII; Guizot dirigió el régimen orleanista tan sólo en interés de los capitalistas y las doctrinas de Bastiat lograron que Napoleón III se convirtiese al librecambio.

En Prusia, Stein y Hardenberg lograron la aprobación de leyes que acabaron definitivamente con la servidumbre y el monopolio de las gildas, así como de otras que estimulaban el desenvolvimiento de la autonomía municipal. Después de 1819, una política económica y comercial de índole más liberal quedó incorporada a la famosa Unión Aduanera, obra de Maassen, Bülow, Eichhorn y Von Motz. La mayoría del resto de los Estados alemanes siguieron a Prusia en su política liberal y algunos, como el de Baden, se adelantó mucho en este respecto.

Es evidente, sin embargo, que ninguna de estas leyes beneficiaba

¹² En estas reformas, los economistas liberales fueron, como es natural, ayudados por los de tendencia filosófica radical y los utilitarios.

materialmente al nuevo proletariado y hasta algunas de las de este período estaban específicamente dirigidas a paralizar los esfuerzos de los trabajadores para mejorarse. Los propugnadores de la abolición de la esclavitud de los negros en las colonias no se daban cuenta, por otra parte, de la esclavitud industrial a que estaban sujetos en la metrópoli sus propios conciudadanos blancos.

II. EL RADICALISMO Y EL UTILITARISMO FILOSOFICOS EN INGLATERRA

El utilitarismo, denominación usada por Jeremías Bentham y ampliamente utilizada por John Stuart Mill, es el término que se aplica corrientemente a la escuela de escritores encabezados por Bentham (1748-1832), que incluía, entre otros, a James Mill, Jorge Grote, John Austin, Alejandro Bain y John Stuart Mill. Representan, en primer lugar, el espíritu y los dogmas del liberalismo económico aplicados a la teoría política. Su obra constituye la única contribución importante de Inglaterra a estos estudios desde la época de Burke a la de Spencer. Constituyeron, esencialmente, un desenvolvimiento posterior del radicalismo filosófico en Inglaterra que surgió como consecuencia de la simpatía de los ingleses por la Revolución Francesa y estuvo representado por Guillermo Godwin, Tomás Paine, Guillermo Cobbett, Francisco Place y un grupo de literatos que incluía a Shelley, Byron y Wordsworth.¹⁴ Este grupo primitivo de radicales se oponía directamente a la satisfacción expresada por Blackstone y Burke por la perfección de las instituciones británicas. Sostenían, por el contrario, la necesidad de cambios fundamentales para eliminar las antiguas supersticiones, las leyes arcaicas, las instituciones apollilladas y las prácticas brutales.

Por la labor desarrollada en su primera época, Bentham puede ser clasificado, lógicamente, en este grupo, pues su primera obra notable —*A Fragment an Government* (1776)— constituye un violento ataque contra las complacencias de Blackstone; pero después comenzó a desarrollar, gradualmente, una filosofía reformista amplia y constructiva hasta el punto de transformar su radicalismo en utilitarismo. Sus teorías se basan, de una parte, en la psicología hedonista, que pretende incrementar la felicidad humana,¹⁵ y, de otra, en el principio ético de “la mayor felicidad para el mayor número”, principio enunciado antes, pero no bien desarrollado por Hutcheson, Beccaria y Priestley. Las instituciones deberían ser juzgadas de acuerdo con su contribución al logro de esta “mayor felicidad”. El programa práctico de reformas de Bentham indica, sin embargo, que, como los econo-

¹⁴ W. P. Hall, *Brittish Radicalism, 1791-1797*, Columbia University Press, 1812; Brailsford, *Shelley, Godwin and Their Circle*.

¹⁵ Anticipado por Maquiavelo, Hobbes, Hume y Helvecio.

mistas liberales, consideraba la competencia sin restricciones y el egoísmo inteligente como las principales medidas mediante las cuales podría realizarse su programa utilitario. Insistía muy especialmente en la cantidad de los contratos. En resumen, el principal interés de Bentham fué el de la abolición de las leyes arcaicas y restrictivas, aunque también propugnase reformas positivas como, por ejemplo, la educación de las masas, la extensión de las instituciones de ahorro, la aprobación de leyes sanitarias, una nueva ley de pobres y la reforma de las prisiones. Bentham y sus inmediatos partidarios parecen haber considerado que “la mayor felicidad del mayor número” se obtendría mejor mediante la atribución “de la mayor cantidad posible de bienes a la clase de los negociantes”. Sus principios, sin embargo, habrían permitido, si hubiesen sido interpretados lógicamente y honestamente, justificar adecuadamente una amplia legislación protectora para remediar los males del proletariado.

De este modo, las premisas ideológicas del utilitarismo se convirtieron después en una fuerza importante que contribuyó mucho a la elaboración de leyes sociales constructivas. En realidad, esta transformación del utilitarismo en reforma social es evidente aun dentro del círculo de sus propios adherentes. John Stuart Mill se transformó, de un exponente del individualismo, en un vigoroso defensor de las leyes sociales protectoras de los trabajadores y en un estudioso que simpatizaba con tendencias claramente socialistas. Probablemente, los resultados más importantes obtenidos por este grupo para ayudar a las clases inferiores se debieron a Francis Place y a José Hume que lograron la legalización temporal de las sociedades obreras, la aprobación de la Poor Law de 1834 y algunos beneficios indirectos mediante reformas políticas liberales y leyes sanitarias.

III. SURGE LA OPOSICION AL LIBERALISMO ECONOMICO

I. CRÍTICA DE LOS ECONOMISTAS

Cierto número de las teorías más débiles del liberalismo económico atrajeron en seguida la oposición de algunos economistas. Aunque Smith se había preocupado más de la riqueza de la nación que de la de una clase social es evidente que sus partidarios se preocuparon mucho más de la riqueza de la nueva clase de los hombres de negocios que del problema de incrementar la prosperidad de la nación en su conjunto. Esto determinó la crítica del liberalismo económico hecha por economistas que presentaban una teoría nacional o social de la riqueza.

Estos últimos escritores sostenían la teoría de que el incremento de la riqueza de los individuos o clases particulares no constituye un criterio acertado para calificar el valor, para el Estado o la sociedad, de una tendencia económica social o política. Este fué el punto de vista adoptado por el escocés Lord Lauderdale (1759-1839) y el es-